

POSITIVISMO Y TRADICIÓN

(Carta a Mariano Picón Salas)

Mario Briceño-Iragorry

Madrid, agosto 26 de 1956.

Señor Doctor
Mariano Picón Salas.
Caracas.

Mi querido Mariano: Mucho he agradecido tu cariñosa carta del 2 del presente y bastante me complace el interés con que has leído mi ensayo “La Hora Undécima”. Tu juicio siempre ha sido para mí objeto de profundo respeto y en razón a ello nada estimo tanto como tus opiniones favorables a mis modestas escrituras.

En el presente caso dices que en mi “Hora Undécima” idealizo demasiado el pasado y que yo soy un poco duro con la generación positivista. Permite que enmiende tu juicio. No soy un poco duro con la generación positivista. Soy duro. Mas, quiero que tú revises mi libro y veas que esa dureza la enderezo contra el “saldo cívico” de los positivistas. Creo que tú no serías capaz de defender la tesis contraria. Tampoco defiende un dorado humanismo tradicionalista. Circunscribo mi tesis a la idea de que lejos de abolir el Latín y la Filosofía, ha debido mejorarse el sistema de enseñarlos. Reconozco la decadencia de nuestra vieja enseñanza, mas no creo que esa decadencia justificase que se le diera la espalda.

Comprendo que es dura la revisión que pretendo, pero es justo y necesario hacerla. La ciencia positivista ha podido ayudar el progreso de ciertas disciplinas, mas su saldo

es desastroso. Para un país como el nuestro, el baño del materialismo positivista fue una verdadera inmersión en agua regia. Todo fue tomado por la disolución.

Contra cualquier otro juicio, yo hago mío el pensamiento de Burckhardt, para quien la Historia es el juego potencial del Estado, la Religión y la Cultura. El enlace de estas fuerzas hace el fin de los pueblos. En cuanto al Estado, los positivistas criollos desembocaron en la grosera teoría de la inferioridad de nuestro medio étnico-geográfico y en el descrédito del mestizaje que forma el corazón del pueblo. Como teoría estatal, sobre los hombres del positivismo descansa la responsabilidad del “gendarme necesario” y de esa tesis pesimista y corrosiva de quienes sostienen que nuestro pueblo no puede dar nada en razón de los falsos reatos que inventaron los deterministas. No niego que la generación del positivismo pudo crear obra de brillo aparente. Tampoco niego que al margen de “toda coacción estatal” la Nación produce actualmente Cultura, como tú dices. Yo, sin embargo, insisto en mirar la vida del pueblo a través de las vicisitudes del Estado. En éste, como en la Religión, miro las más encumbradas expresiones de una Cultura. No soy hegeliano. No creo en el mito del Estado. Considero, en cambio que el Estado es el índice más cabal, si no absoluto, de la capacidad cultural de una nación. En ciertas épocas de la Historia, el Estado se miró como fin. En nuestra concepción humanística de la vida, el Estado es instrumento encaminado a la realización del hombre.

La Cultura tiene que verse en relación con la manera de funcionar el Estado. No creo que a Venezuela se le pueda juzgar su grado de cultura en razón de que en nuestras Universidades se expliquen y discutan los sofismas de Zenón de Elea o la tabla de valores de Munsterberg, no juzgo que sea índice de cultura de un pueblo lo que en una cátedra se diga sobre la revolución luminística de Caravaggio o sobre el abstraccionismo del momento pictórico presente. No creo que la cultura de Venezuela haya mejorado porque hoy sepamos cómo era el sistema de numeración de los piaroas o de los timotucucas con mayor precisión que don Aristides Rojas. Nuestra cultura de pueblo ha de juzgarse por la dimensión del hombre como sujeto de la Historia. Mientras la Universidad no pueda ayudar al ciudadano en la búsqueda y logro de su posición en la vida, no hay derecho a hablar en serio de Cultura, así en ella se explique la física cuántica de Planck y las nuevas teorías sobre la indeterminación causal. Para el caso es preciso admitir que esa cultura sufre, como todo el pueblo, una verdadera crisis. Tú encontraste muy bien la tesis general de mi “Mensaje sin destino”; pues en “La Hora Undécima” yo intento el desarrollo de uno de los tantos temas que forman la trama de aquel trabajo.

En 1880 nosotros necesitábamos levantar nuestros niveles morales. Hubo una brillante generación que se nutrió en las enseñanzas introducidas tardíamente en nuestra Universidad. Esa generación brilló, habló, llenó un extenso espacio de nuestra vida cultural. Pero, cuando en el campo cívico se busca su balance, nos encontramos con un vacío deplorable. Hablaba Luciano de Samosata de los soberbios templos egipcios que causaban admiración a los viajeros. Las columnas, los portales, las ventanas anunciaban un interior espléndido; éralo en realidad, mas el lugar de *sancta sanctorum* lo ocupaba un mono o un gato. Este símbolo puede servir para el juicio tanto de nuestro “bien” presente, como de la hora de los iconoclastas, que ayudaron a borrar el sentido espiritual de nuestra vida.

Se que he tocado un tema tabú. He golpeado el laicismo y he hablado de la necesidad de una moral que sirva de orientación a la conciencia pública. He escrito como víctima directa del positivismo con que se nutrió mi pensamiento juvenil. Sobre mi larga vida miro las cicatrices dejadas por las viruelas que me picaron en colegios y universidades. Tú, con tu extraordinario talento y por haber completado fuera de Venezuela tu educación, lograste compensar la deficiencia de tus estudios venezolanos. A mí me ha costado un esfuerzo soberano haber llegado a superar algunas de las muchas faltas de mis irregulares estudios. Me ha costado aún más acercarme a una visión precisa y responsable de mi deber de hombre. Cuando he escrito con dureza sobre nuestras generaciones procedentes, he comenzado por desnudar mi flaqueza. Tal vez sea ése el único mérito de mi “Caballo de Ledesma”. De este examen general de nuestras deficiencias puede llegarse a calar lo que perderíamos si permanecemos de espaldas a la realidad.

Dices que idealizo mucho el pasado, pero no me señalas el sitio del pecado. Yo no he cultivado, como lo dicen mis enemigos, una nostalgia inválida por las cosas que desaparecieron. Yo he defendido el sentido dinámico de la tradición y de la Historia. Contra el uso corrientemente hecho de los valores históricos, he buscado valorizar lo realmente creador que menospreciaron los positivistas. He alabado a Vargas, a Toro, a don Juan de Dios Picón, a don Cecilio Acosta, a don Manuel María Carrasquero sobre Carujo, Zamora y el Agachado. Creo que es un deber educativo dar mayor mérito a la tradición de los hombres sufridos que a la tradición de los gozosos. A ti te he visto alabar a don Tulio Febres Cordero sobre la realidad merideña que representaron Esteban Chalbaud Cardona y Amador Uzcátegui. Por ahí he visto mendaces ataques a mis ideas. Se dice que yo añoro la vieja pulpería y que rechazo la técnica que emplean las modernas abacerías. Entiendo que cualquier lector con juicio que haya tenido ante sus ojos mi responso a la vieja pulpería,

no pudo recibir la impresión de que yo añorase los viejos usos y las viandas antiguas, sino la autarquía económica representada en aquellos negocios primitivos. Muchos, en cambio, prefieren hartarse de comida importada y pagada con el precio de nuestra esclavitud económica. Yo he mirado y continuaré mirando nuestra tradición como fuerza que latiguee la conciencia entreguista de nuestros contemporáneos. Yo he indicado la necesidad de volver sobre nuestra propia Historia, para sacar de ella lo positivo que construyeron los hombres antiguos. Yo he indicado la necesidad de volver sobre nuestra propia Historia, para sacar de ella lo positivo que construyeron los hombres antiguos. Por eso mismo he intentado una revisión del bolivarianismo, para fijar lo permanentemente positivo que nos dejó Bolívar. He examinado las corrientes que dieron sentido y razón a la Patria antigua, para ver de configurar el canon que nos dé sentido en el orden de la Historia. Creo que así sea pobre mi pluma y sea así escaso el brillo de mis ideas, pocos han trabajado con tanto ahínco como yo en la búsqueda de una interpretación valiosa de nuestro pasado, por donde pueda llegarse a dar continuidad a sus instantes creadores. Yo no he idealizado falsamente la Historia. Apenas me he limitado a poner en resalto el valor de quienes representaron ayer una auténtica categoría de Cultura. Claro que dicha labor parece teñida de romanticismo si se le parea con la obra de quienes sólo tienen ojos para mirar nuestras caídas. Yo no niego éstas —¡si publico las mías personales!—, empero, a su lado pongo lo valioso que no estimaron los hombres a quienes les vino bien juzgar la Historia por la dimensión de los llamados vencedores. En un orden moral, la victoria no debemos concederla a Carujo, sino a Vargas.

Los positivistas acometieron contra los ideólogos, ¿qué nos dieron, en cambio? No me dirás tú que el fatalismo que enmarcó a nuestra Historia entre las líneas del hecho de fuerza, sea algo que valga la pena de ser defendido. Pues, mi querido Mariano, ese fatalismo es el punto más denso de la obra

de los positivistas en el área del civismo. Yo creo que debemos volver el rostro a los desacreditados ideólogos. Tal vez el único camino para vertebrar nuestra Historia sea la revelación de ese hilo callado de conciencia cívica, que se ha mantenido vivo a pesar de nuestras dolorosas vicisitudes. Es como descubrir a las nuevas generaciones una historia secreta y atormentada. Sería decirles cómo hubo siempre pálidas lucecillas en medio de la apretada tiniebla. ¿No lo estamos viendo hoy mismo?

A ti te suena a leyenda dorada el empeño mío de desenterrar lo valioso de nuestros antepasados para oponerlo a la grosera realidad en que nos ha tocado vivir. Yo no veo en eso empeño alguno de falsear una historia sino generoso esfuerzo por hacer resaltar lo positivo que ha sido desechado por el juicio precipitado de quienes sólo miran el contorno exterior de los sucesos. Tampoco asiento que una brillante cultura fuera arrollada por el positivismo. No he negado la deficiencia de los estudios clásicos, pero censuro el procedimiento que los desahució con preferencia a superarlos. Léeme con menos aprensión de la que incita el tema y verás cómo defiende una posición general encaminada a crear actitudes más correctas en la conducta moral. Yo no miro al valor científico y al brillo literario del ciclo positivista. Me refiero a su proyección en el campo de la República y a la resonancia de sus conclusiones en el territorio de la moral. Insisto en decir que no considero la Cultura como un “en sí” que se reduzca a su propia valorización. Llamo Cultura al proceso encaminado a la realización de la persona humana en el orden del mundo. No creo, pongamos por caso, que sea testimonio de Cultura el funcionamiento actual en Caracas de un Instituto especializado en Cirugía neuro-cerebral. Considero por el contrario, documento vivo y doloroso de una negación de la Cultura el régimen vigente de torturas que aplica a sus víctimas la mal llamada Seguridad Nacional. No juzgo que sea testimonio de Cultura un Festival del

Libro, cuando en Venezuela no existe libertad de expresión. Podrá ser fiesta de libreros y editores, para quienes el problema se valora en la esquina del interés económico.

Desde este punto de vista, no me negarás razón cuando asiento que la generación positivista dejó la cultura del país en un grado inferior al grado que encontró. El único “progreso” fue el laicismo. El único brillo que alcanzó fue ir contra los valores del espíritu y dar carta a lo diabólico, como ingrediente legítimo del arte y de las letras. Negó la vieja moral y erigió al determinismo en tabla absoluta de la ley.

Hoy está de moda en Venezuela ir contra el pasado y contra la tradición. Se invoca, sin embargo, a los héroes para aprovecharlos en función de bambalina y para dar en su nombre aspecto fascista a un pseudo-nacionalismo, que desconoce los alcances de nuestra propia Historia. En función de negocio, se han destruido los recuerdos más agradables de las viejas ciudades. Recuerdo el entusiasmo que por 1942 tú mismo ponías en salvar un portal colonial de San Carlos o una ventanilla trujillana del siglo XVIII. Aquel barroco modesto de nuestras iglesias de pueblo te entusiasmaba como testigo de una época. Ese era nuestro pasado en tierra. El de España es pasado en Piedra. Deberíamos conservar lo nuestro como testimonio de una Historia. Pobre nuestra arquitectura colonial, era, sin embargo, nuestra. Era la obra de nuestros mayores. Hoy la hemos destruido, mientras los propios yanquis se esmeran en conservar la suya. Es buena política ir contra la tradición. En 1950 escuché a uno de los mandamás de la hora expresar su repudio a todo lo que oliese a tradición. Ese espíritu está vivo y a su impulso se hacen grandes fortunas. Yo, en cambio, defiendiendo la tradición en lo que tenga de positivo, y condeno, a la vez, la utilización de tradiciones fósiles como elementos de cultura. En 1948 censuré el uso de cualesquiera manifestaciones folklóricas como elemento educativo. Esa misma crítica vuelvo a hacerla en el prólogo de “La Hora

Undécima”. Educar al pueblo por medio de formas estratificadas de una cultura inferior, es algo absurdo. Eso, en cambio, se hace en Venezuela con aplauso y apoyo de gente de autoridad. No soy tan lerdo como para no saber desarticular una tradición, ni soy tan simple para mantenerme en la creencia de que el polvo y la telaraña son Historia. Me gusta la historia despolvada y enjabonada. Recordarás que por iniciativa mía se creó el servicio de higiene y conservación en el Archivo General de la Nación.

En cierta ocasión, cuando Arturo Usler Pietro manifestó alguna discrepancia con las tesis que tú, Miguel Agosta Saignes y yo sosteníamos, dijiste que si “civilización fuese todo lo nuevo, cualquier analfabeto enriquecido que puede adquirir un *Cadillac*, sería más civilizado que Goethe y que Bolívar”. Para el examen que en dicho artículo tú mismo propones de lo que debemos o no recibir de fuera, se requiere la espina dorsal de una tradición. Por carecer de esa columna, yo hablé de nuestra crisis de pueblo. Por faltar esa columna, yo desesperadamente he buscado las vías de hallarla.

Venezuela vive hoy su hora *Cadillac*. Tú lo dijiste con acierto y gracia. El *Cadillac* ha arremetido contra todo lo valioso que hicieron nuestros antecesores. El *Cadillac* ha pretendido abolir las propias raíces de la nacionalidad. Hoy se gana prestigio de culto y avanzado negando la fuerza de nuestra Historia y haciendo burla de nuestro modesto pasado. ¿Trasladar del pasado al presente el punto de vista que ha de orientar nuestra obra de pueblo no es tanto como negarnos a nosotros mismos como posibilidad creadora? Una nación que se sienta sin soportes históricos carece de autenticidad. Nosotros no somos suficientemente pueblo, porque intentamos romper a cada paso la continuidad de nuestra vida social. Valorar un pasado no significa subordinar el presente a las formas viejas. Nuestro deber es hacer futuro. Nuestra misión consiste en que no se pierda el patrimonio que nos legaron nuestros

mayores. Si es una desgracia resignarse a vivir del tesoro de los muertos, es desgracia peor menospreciar la parte positiva de nuestro pasado y aceptar la fiesta forastera.

Yo respeto tus puntos de vista y las reservas que puedas tener en relación con mis pensamientos. Tu cultura te presta autoridad magistral. En el presente caso, juzgo que tú has leído con un tanto de aprensión los temas de “La Hora Undécima”. Mírale su propósito y verás como mi discurso apunta a definir en sus detalles culturales algunos de los temas de “Mensaje sin Destino” y a desnudar un poco más el problema planteado en “La tradición de los mejores”. Cuando comencé el examen de las circunstancias consideradas en dichos trabajos, me sabía que estaba poniendo el dedo sobre temas por demás enraizados en la sensibilidad venezolana. Me expuse con ellos a la contradicción y aún al denuesto de mis enemigos. He suscitado contra mí fuerzas valerosas, que no han esquivado la calumnia para herirme. En cambio, en la rudeza de esos planteamientos creo servir a la República.

Dios me ha concedido la gracia de poder ayudar con mi palabra madura a la formación de una mejor conciencia para el venezolano futuro. A mí se me enseñaron en la juventud otros caminos. Las lecciones de mis maestros no miraban a una cultura en función de valores humanos, sino en función concupiscente de utilidad y de belleza. Creo que semi frustrada generación del 28 ha sido la única en insurgir de manera orgánica contra los vicios en que nos movíamos muchos. ¡Lastima grande el fin de que han tenido muchas de las más brillantes cifras de aquella estupenda muchachería! A mí el destino me hizo esperar la edad madura para ejercer la rebeldía. Más vale así. A la altura de mis años, puedo confiar en no caer mañana en las faltas que hicieron abortiva la conducta de los precoces contradictores de Guzmán, de Crespo y de Cipriano Castro. Me sirve de estímulo y de comprensión saber que algunos jóvenes estiman mi conducta frente a los problemas del país. Jamás dejaré de bendecir

la hora en que autoricé a Jóvito Villalba para que pusiese mi nombre en la papeleta electoral de Caracas. Sabía que sacrificaba mi paz, pero no sabía que se me presentaba un o espacio para reflexionar a distancias sobre la Patria. Fruto de esa angustiada reflexión de desterrado han sido las pequeñas monografías en que he estudiado una vez más al pasado y la tradición de mi pueblo. Si es pecado amar en forma apasionada los valores viejos de que aún puede expresarse una frase constructiva, persisto en el pecado hasta las llamas. Aún más, creo que menospreciar ciertas formas románticas y saudosas del pasado, es servir a la anti-Venezuela. Yo he sido muy discreto en formular algunos reparos a la fuerza educativa que se da ciertas formas estáticas de nuestro folklore, por cuanto creo que las manifestaciones folklóricas, así carezcan de elementos que ayuden al pueblo actual, tienen su porción valiosa en el orden defensivo de la nacionalidad. La Patria se refresca con el aire de lejanía que nos viene del pasado. La Nación se hace fuerte cuando los hombres saben captar el aroma antiguo que nos trae esa brisa lejana. ¿Qué esto sea literatura? Pues sí esto es literatura, esto es poesía. La Patria es poesía. Tú podrías decir que la Patria es un “viaje al amanecer”. Se viaja porque se sueña. Si Bolívar no hubiera soñado, no habría hecho la independencia. Si Colón no hubiera soñado, no habría puesto en contacto a Europa con América. Justamente lo que se necesita son hombres que sueñen, ideólogos que piensen y señalen caminos a los hechos. Estamos fatigados de la grosera experiencia de quienes todo lo miden por los efectos del éxito. Hemos sido traicionados por una filosofía hedonista, que acomodó las ideas a los hechos cumplidos. Es triste ver cómo se piensa con miras a satisfacer a los dispensadores de la gracia que se convierte en bienestar económico. Sin ahondar mucho el examen, tú encuentras al doblar las babélicas esquinas de nuestra capital con gente de talento que discurre con la mira puesta en el futuro favor de las compañías extranjeras que administran el hierro y el petróleo.

Para superar la hora *Cadillac* que vive Venezuela, se necesita un riego fecundo de ideas que conviden a soñar. Dura labor la de predicar a hombres dormidos. En nuestro país hay un letargo espantoso, que se opone a que las ideas revienten en hechos creadores. La hora *Cadillac* impone el deber tremendo de predicar a los muertos. El alero, la casa de adobe, las tapias humildes del viejo hogar venezolano, son símbolos de un mundo que gozó de una apacible libertad interior y, sobre todo, de una autarquía económica. No se las evoca para revivirlas ni para recomendarlas por mejores que las construcciones modernas. Se las asocia a una memoria de mayor plenitud espiritual. No creo yo que cualquier tiempo pasado sea mejor. La vida del obrero venezolano de hoy es superior a la vida del obrero anterior a 1930. Entre uno y otro está Versalles. Pero el obrero antiguo se movía sobre una tierra que era más nuestra. Gómez, negándose a que Venezuela entrase en la primera guerra mundial, estaba al frente de una Venezuela cuyo destino se resolvía en el interior de nuestra propia barbarie. Para luchar contra el espíritu delicuescente que ha tomado a una generación olvidada de su deber frente a la nación, yo he buscado la ayuda de la Historia y de la tradición. Tras el hecho agresivo que da tono al Estado, he indagado la corriente subterránea alimentada por los ideólogos de la libertad y he procurado exaltar con fe y con optimismo la memoria de los hombres civiles que forman nuestra sufrida tradición de resistencia moral. Para animar el decadente pulso cívico, he defendido el precio de nuestra amable tradición, no con un pueril propósito de evocación melosa, sino con el empeño de acicatear el tegumento entumecido del cuerpo nacional. Mejor que yo conoces tú la función de los símbolos. Cuando he alabado la hallaca, no he pensado en la mesa pantagruélica de Guillermo Austria sino en la conciencia de los pitayanquis que hablan de Venezuela con la boca llena de *Cranberry sauce*. Ese famoso liquilique con que ahora vanamente se desfila en la llamada "Semana de la Patria", lo he pedido yo como vestidura

interior de una clase dirigente, que no sólo desconoce la dignidad de la Nación, empero se presta a su venta fácil.

Considero necesario rearticular con cosas venezolanas el fuste de la nueva Nación, donde el progreso y la técnica sembrarán valiosas oportunidades. Sin ese fuste antiguo, lo que vendrá será otra cosa, menos Venezuela. Dejarlo todo a la acción nueva, es casi declararnos en estado de conquista. Sería tanto como renunciar a nuestros viejos apellidos. Sin tradición no hay pueblo. Sin tradición no se hace el verdadero espíritu nacional, que da a las naciones derecho de presencia entre los cuadros del mundo. Lo nacional no se opone a lo universal. Sin unidades nacionales no hay suma para el orden de lo internacional.

Quiero que reconsideres mis modestos juicios y que no me catalogues, como pretenden mis detractores, entre los tontos exaltadores del adobe como sistema actual de edificación. Como tú, alabo el cemento y la cabilla, pero prefiero el cemento y la cabilla en el carácter y en la conducta de los hombres. Porque me sé culpable en parte de no haber tenido a tiempo buena fragua donde fuera templada mi voluntad cívica, quiero que el pueblo nuevo de mi Patria sea educado sobre módulos mejores. No me satisface una Universidad y un Liceo que enseñen ciencia y letras solamente, aspiro a que apunte una hora mejor en que la Cultura prefiera hacer hombres buenos, antes que buenos profesionales y que buenos técnicos y que buenos escritores. Creo que en un último análisis tú y yo estamos perfectamente de acuerdo, porque queremos una hora de plenitud moral para nuestra abatida Venezuela. Acaso ocurra que tus mejores luces te hagan ver claro lo que a mí me desespera y llena de miedo.

Va larga esta primera argumentación para corresponder al diálogo que me propones.

M.B.I